

# LA EDUCACIÓN SOCIAL, RETO UNIVERSITARIO

DIONISIO DE CASTRO CARDOSO

Escuela Universitaria E.G.B. Zamora

En ninguna esfera o campo de actuación se cuestiona la formación de las personas implicadas en su desarrollo, como uno de los elementos básicos, si no claves, en la garantía de eficacia de ese proceso de actuación o intervención.

Dicho esto, no podemos olvidar que a la propia dificultad técnica en la definición del marco o proceso formativo correspondiente, se pueden añadir, en determinadas situaciones, ámbitos o contextos históricos, elementos «añadidos» (valga la redundancia).

En España, en estos momentos y en el campo de la formación de animadores sociales, socioculturales, sociocomunitarios, educadores sociales, o ..., se encuentran estos elementos «añadidos» y ciertamente no como aspectos compar-sa sino como auténticos epicentros de discusión. Y como tampoco podía ser de otra manera, esta discusión discurre por variados cauces que ocupan esferas de lo conceptual, lo profesional, lo metodológico, lo vital, ... y cómo no, lo visceral.

A nadie se le oculta que una misma intervención aparecida en estas páginas, presentada en un Congreso hace cinco meses, o en el próximo encuentro que sin lugar a dudas se celebrará en cualquier punto de España antes de quince días, repito, esta misma intervención material, pueda ser calificada indistintamente de música celestial, de panfleto o de elemento boicoteador. Honradamente creo que esta posible diversidad de manifestaciones no tendrían su origen, tanto en la propia, lícita y obligada capacidad de pensamiento de cada uno de los posibles lectores de estas páginas o participantes en los mencionados Congresos o Encuentros, como en posicionamientos grupales y/o institucionales tanto del autor de la propuesta como de los receptores, y por supuesto en el momento concreto de discusión en que nos encontramos en España.

Hace poco más de un año, Víctor Ventosa (1989) presentaba una ponencia sobre los «Niveles formativos en la C.E.E. correspondientes a las profesiones españolas en Educación Social», y en ella decía:

«El problema básico a resolver que aflora de entre los rápidos trazos dados respecto a la Educación Social, creo que es el de lograr un ajuste integrado entre la estructura profesional y la de formación de los educadores sociales».

Un año antes de esta intervención, en Donostia, López de Aguilera (1988) decía:

«Mi opinión es que los numerosos debates que de un tiempo a esta parte se promueven sobre la formación están más preocupados por la profesionalización, valoración social y estatus del animador, condiciones laborales, ... que por la calidad de la acción, y que suelen ser/corren el riesgo de ser debates sesgados...

...

No sólo en los foros de discusión el campo de la formación es tremendamente complicado. También en la praxis. No exagero al afirmar que el momento actual es una auténtica merienda de negros, en la que todo el mundo (Escuelas, Universidades, Gobiernos) mete mano e intenta adelantarse a los demás y controlar su parte de un pastel que se prevé rentable a todos los niveles».

La formación parte de la necesidad de un proceso de intervención, y por tanto del horizonte de sus objetivos y del estilo metodológico de su intervención (Lobato, 1989) o parte de dar status a unas personas. Y los dos temas hay que abordarlos, pero los dos, no nos engañemos.

Yo creo que las dos son posibles puertas de entrada al tema de la formación de los educadores sociales, aunque ciertamente no podemos decir, en estos momentos, que se dé la misma afluencia de aportaciones en una y otra. El problema, a mi juicio, es la imposibilidad de asegurar que al final, todo el espacio sea común. Si hubiera una certeza de que uno y otro camino nos conducen a la misma Roma, el problema y aún siendo importante, sólo se situaría en una cuestión de tiempo, de plazos en los que ir abordando las distintas cuestiones, pero me temo que el problema no sólo es de cronología.

Para seguir dando pasos tendremos que abordar los cinco niveles profesionales de la C.E.E. y el papel de la Universidad, pero también la formación y el papel de las personas que han estado toda su vida en el trabajo de base, y la situación de las Escuelas de Formación de Animadores de ámbito no universitario. En este punto me parece que la Universidad (aceptando el riesgo que tiene el usar el genérico) tiene que ser generosa e inteligente. Generosa para alentar y posibilitar el trabajo de personas e instituciones diferentes que han trabajado durante muchos años en la realidad social donde ella va a intervenir ahora con más fuerza. Inteligente para aprovechar un trabajo, mucho y bueno, que se ha hecho, en el que las universidades (y ahora particularizo), no tienen excesiva experiencia y en el que por tanto empezar con una política de tabla rasa, cuando no de un previo esfuerzo aniquilador a lo que ya hay para dejar bien patente quien es la primera y tal vez única, sería un gravísimo error.

Y tendremos que interrogarnos sobre la necesidad o no de madurez y equilibrio personal, o sobre la necesidad o no de competencias técnicas, y sobre cómo propiciar esas consecuciones. Y aquí aparecerán temas como la formación continuada, el modelo de cursillos, la formación en la acción, ...y discusiones sobre los objetivos y la metodología.

Como dice Mari Salas (1989): «Cuando se habla de privilegiar las respuestas metodológicas, aunque no se diga explícitamente, los ejemplos aducidos parecen apuntar hacia el predominio de la técnica, dando por supuestas las opciones básicas fundamentales, pero ya sabemos lo que suele ocurrir en la práctica cuando lo fundamental se 'da por supuesto'».

Y tendremos que reflexionar, insisto, sobre los colectivos y personas que han abierto brecha en este campo, sobre el voluntariado y las Organizaciones No Gubernamentales y sobre otros nuevos modelos profesionales, y también sobre las Escuelas de Formación reconocidas en las legislaciones autonómicas, sobre el INEM y sobre el campo que se abre en la Universidad.

Y no podremos permitirnos el lujo de leer a Poujol (1988):

«Y cuando finalmente los animadores sean 'reconocidos' habrá llegado el momento de inventar otra 'profesión' militante, cuya formación, no cabe duda, se presentará como una imperiosa necesidad».

y no saber si es una profecía que marca un nuevo eslabón hacia la «tierra prometida» o es una maldición de la que nunca escaparemos.

## BIBLIOGRAFÍA

- LOBATO, Clemente (1989): «El animador sociocultural: sus características y metodologías de formación» en VARIOS, *Intervención transformadora en una sociedad en crisis. Congreso de Animación Sociocultural*. Gobierno Vasco, Vitoria-Gasteiz, pp. 73-77.
- LÓPEZ DE AGUILETA, Iñaki (1988): *Lugares e instituciones para la formación de animadores socioculturales*, Aportación a Mesa Redonda en Congreso de Animación Sociocultural, F.E.E.T.L.C., Donosti, 29 octubre-1 noviembre.
- POUJOL, Genevière (1988): «La formación de los animadores» en DEBESSE, Maurice y MIALARET, Gaston (Dir.), *La animación sociocultural*, Oikos-Tau, Madrid, pp. 51-99.
- SALAS, María (1989): «La formación de animadores» en VARIOS, *Intervención transformadora en una sociedad en crisis. Congreso de Animación Sociocultural*. Gobierno Vasco, Vitoria-Gasteiz, pp. 79-87.
- VENTOSA PÉREZ, Víctor J. (1989): *Niveles formativos en la C.E.E. correspondientes a las profesiones españolas en Educación Social*, Ponencia presentada al Congreso sobre la Educación Social en España, Madrid, 20-22 de septiembre.